

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
FACULTAD DE ESTUDIOS GENERALES
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES

Los dioses y los hombres homéricos

Decimos frecuentemente que los dioses griegos son antropomórficos y esto es verdad tanto a la luz de la literatura como de lo plástico griego. Muchas de sus actitudes, gran parte de su conducta y las formas de sus cuerpos son reflejos o idealizaciones de actitudes, conductas y formas humanas. ¿Repararon los griegos mismos, los griegos de la época homérica, en este rasgo de su religión? ¿Habrían dicho que sus dioses se parecían al hombre? Por cierto que no; ellos estaban dentro, envueltos y permeados por esta religión y no la calificaban ni la clasificaban así. Somos nosotros, desde la tradición cristiana, los que contrastamos a los dioses griegos como antropomórficos en relación al Dios cristiano que no lo es, que, considerado en su ser está infinitamente separado del ser del hombre. Por eso, desde nuestro punto de vista es legítimo que hablemos de antropomorfismo en el caso de la religión griega. Sin embargo, cuando hacemos un esfuerzo por entender un libro como la Ilíada llegamos rápidamente a la conclusión de que lograremos nuestro propósito de comprenderlo profunda y adecuadamente sólo si somos capaces de trasladarnos, de trasponernos al punto de vista del autor y a través de él, al mundo del cual allí se trata. Si escuchamos a los personajes de la Ilíada y la forma en que hablan de sus dioses llegaremos a pensar que no son éstos los que se parecen al hombre sino que son más bien los hombres los que aspiran a parecerse a los dioses. Oímos frecuentemente que un hombre que se distingue en la guerra lucha como un dios; que una mujer como Helena recuerda por su belleza a las diosas inmortales; que un hombre con el ingenio de Odiseo hace pensar en Zeus, ya que tanta habilidad es rara entre los mortales. Por eso, si hablamos de la relación entre dioses y hombres en la religión homérica, igualmente justo es afirmar que los dioses son antropomórficos que decir que los hombres,

algunos hombres, son teomórficos o disformes. Entendidas rectamente ambas cosas, el antropomorfismo de los dioses y el teomorfismo de los hombres más excelentes, se complementan. Son dos aspectos de una totalidad: dioses y hombres de un mundo que nosotros miramos desde fuera pero que existieron indisolublemente unidos para el poeta que nos los presenta en la Iliada. Y no sólo están unidos los dioses y los hombres de la religión homérica porque el poeta los incluía juntos en la misma obra artística sino que porque por naturaleza son inseparables.

Imposible comprender al héroe homérico sin situarlo en su realidad intermedia de semidios, sin recordar que el héroe, después de muerto, era objeto de culto religioso, sin tener en cuenta que los hombres que observaban la conducta del héroe mientras vivía, lo veían como una encarnación de las virtudes de diferentes dioses. Así pues, dioses y hombres no son en Homero dos realidades separadas por un abismo sino que dos polos, dos extremos de una sola realidad variada. Entre los dioses y los hombres existe el puente vivo de los semidioses y de los héroes que con su presencia extraordinaria y sus hazañas recuerdan continuamente a los hombres el aspecto y las cualidades de los dioses. Así la existencia del héroe que brilla entre los hombres por sus virtudes y por su belleza es una de las formas en que los dioses mismos entran y se muestran en la vida humana. Del mismo modo como los grandes cambios y las maravillas de la naturaleza son entendidos como manifestaciones de su carácter divino los hechos humanos que ganan fama y gloria entre los hombres provienen de la intervención de los dioses y de los dones que ellos derraman entre los mortales.

Esta intimidad entre dioses y hombres, sin embargo, no es tan simple como pudiera parecer. Desde luego el héroe que tiene el privilegio de acercar la presencia de los dioses a la vida humana padece hondamente por la ambigüedad de su naturaleza. La peligrosidad de la vida del héroe parece ser un símbolo del peligro de cualquiera que tiene que vivir entre dos mundos que por cercanos que

estén no dejan de ser muy diferentes. La búsqueda de fama del héroe homérico es la búsqueda de la inmortalidad. Pero la verdadera inmortalidad es el privilegio de los dioses: el héroe ha de conformarse, después de larga lucha, con la inmortalidad en la memoria de los hombres. Por sus dotes no puede vivir como un simple mortal; porque la Moira le reserva la muerte no puede vivir como un dios. Sufre más que los hombres y mucho más que los dioses. Su recompensa es, por un lado, atraer a los dioses a la tierra: en la Iliada todas las intervenciones de los dioses en las cosas humanas son provocadas por algún héroe que inspira amor a unos dioses, odio a otros. Por otro lado su recompensa es arrancar al hombre de su animalidad, de una vida que podría agotarse en el tráfigo gris de los quehaceres diarios. Esto lo logra el héroe en parte porque su mera presencia obliga a los hombres a pensar en seres superiores y en parte porque las hazañas del héroe lo llenan de aspiraciones: le obedecen para tener parte en su gloria, le recuerdan para que lo extraordinario embellezca y eleve sus vidas, le imitan porque entienden que lo mejor es una de las posibilidades del hombre. Así es como en la unión de dioses y hombres que la existencia del héroe implica éste mismo encuentra la recompensa de sus sufrimientos y trabajos: esa unión significa para él la reconciliación de sus dos naturalezas, la fusión de lo contradictorio que lo desgarraba en direcciones opuestas durante su vida.

Porque a pesar de que los dioses homéricos tienen formas de hombres y los hombres caracteres divinos, hombres y dioses son bien diferentes en esta religión.

Bastarían como prueba los grandes castigos recibidos por los que olvidaron la distancia que separa a los mortales de las divinidades.

La diferencia más sobresaliente entre dioses y hombres es que a los primeros ni los aflige la necesidad ni los espera la muerte. De esto se deriva una multitud de consecuencias. Hay, sin embargo, otras diferencias menos señaladas que las anteriores aunque no menos importantes. Por ejemplo: al contrario que los

dioses los hombres son seres contradictorios, mezclados. El hombre homérico vive en la guerra, lejos de su patria y de su familia. Sin embargo ama la paz, la patria y la familia. La paz y la guerra son dos formas de vida, dos posibilidades humanas: el hombre no puede tenerlas ambas a la vez. El hombre ama la vida y la fama del guerrero que cae en el campo de batalla. Pero no se puede a la vez conservar la vida y morir gloriosamente. El hombre ama la belleza del cuerpo y el vigor de la juventud a la vez que la inteligencia, moderación y la discreción que vienen de una larga experiencia. Pero, como lo vemos en el caso de Aquileo, la fuerza juvenil se da poco en combinación con la sabiduría y la moderación que tiene un Néstor, por ejemplo: los dioses, en cambio, son personalidades claramente definidas, sin contradicciones. Atenea es siempre sabia y fuerte, Afrodita siempre bella y atractiva, Ares siempre belicoso y brutal. Cuando un hombre quiere liberarse de las contradicciones características de su ser sufre terribles persecuciones y castigos de los dioses. París, por ejemplo, acepta los dones de Afrodita y, por decir así, se especializa como galán, como seductor de mujeres. Con ello descuida otras posibilidades que no van bien con un don Juan, como sus deberes de guerrero, por ejemplo. A consecuencia de esto cae sobre él no sólo el desprecio de los hombres sino que también el odio de muchos dioses. Atenea, que protege a los hombres valientes persigue a París por su cobardía. Hera, que se preocupa de la fidelidad conyugal es tan enemiga de París como de cualquier favorecido de Afrodita por el simple hecho de que el amor en gran escala es incompatible con el matrimonio monógamo. En suma, el hombre es un ser recorrido por muchas fuerzas y sollicitaciones diversas, cada una de las cuales está protegida por un dios diferente que busca la realización de lo que él representa en el mundo de los hombres. Ares quisiera que los hombres siempre estuviesen en guerra porque odia la paz y la tranquilidad: la desgracia de los hombres, a diferencia de Ares, es que a la vez quieren la paz y la guerra, lo

cual es imposible. Por eso el hombre está interiormente desgarrado y dividido mientras que los dioses son felices porque no hay en ellos conflicto. Los dioses tienen conflictos entre sí pero cada uno de ellos, en sí mismo, tiene la serenidad y la calma de la unilateralidad, de la simplicidad de naturaleza.

Si nos preguntamos por las relaciones que mantienen entre sí los dioses y los hombres en el mundo homérico tendríamos que hacer una larga lista de sus diversas formas de alianzas y enemistades. La mejor manera de simbolizar las actitudes de los hombres hacia los dioses es haciendo referencia a los ritos religiosos. En los ritos el hombre se pone consciente y deliberadamente en relación con sus dioses. Si entendemos rito en su sentido más amplio, incluiremos en él los sacrificios, las fiestas, las oraciones, los oráculos, la percepción de la presencia de los dioses en todo cuanto es y ocurre. Debemos evitar la creencia simplista de que el rito se propone como finalidad principal el solicitar la ayuda de los dioses y caer con ello en el malentendido de que los hombres se dirigen a las divinidades porque éstas son más poderosas que él y por ellas pueden ayudarle a conseguir sus fines personales. La concepción homérica no está centralmente dirigida a presentar las relaciones entre hombres y dioses como guiadas por fines utilitarios y personalistas, en sentido mezquino. El hombre que pide la ayuda del dios pide fuerzas para realizar una tarea, para alcanzar una excelencia, para llevar a cabo una hazaña, a través de cuya realización entra lo mejor, lo más alto en el mundo humano. Y como lo mejor y lo más alto son para el griego homérico sinónimos de lo divino, la tarea bien cumplida, la excelencia lograda, la hazaña llevada a cabo son la irrupción y la presencia de los dioses mismos en la tierra. El rito, o sea, la actitud que el hombre toma frente a los dioses es a la vez un homenaje a lo mejor y una solicitud de que lo ideal se presente y realice entre los hombres. Los hombres llaman a los dioses a que se sienten con ellos en sus banquetes porque la presencia divina eleva y realza el

acto de comer que responde a una necesidad puramente animal de la vida humana. Los hombres piden ayuda en la batalla para que entre lo extraordinario en la guerra porque sin la excelencia que los hombres pueden alcanzar mostrándose valientes la guerra caería en la categoría de pura rapiña y saqueo. En suma, los hombres necesitan a los dioses para vivir una vida propiamente humana.

Los dioses en cambio son independientes del hombre. Pero esta independencia no significa que su ser sea caprichoso o egoísta. Los dioses encarnan y representan los grandes momentos o aspectos de la realidad. La vida de la tierra, el cambio de las estaciones del año, el germinar de la vegetación, la corriente de ríos y mares, el amor que une a los sexos y que renueva la vida, la discordia que entra en el mundo junto con la variedad de los seres y las cosas, la sabiduría, la medida. El mundo físico, el mundo de los seres vivos, el mundo moral: todos los aspectos de la realidad están protegidos y alentados por dioses, viven una vida que los hombres entienden como divina. Cada dios por su existencia misma y por su manera de ser conserva y da impulso a un aspecto del todo y está atado a la vida del todo. No depende del hombre como el hombre depende de los dioses pero su existencia individual depende de la conservación del orden de la realidad en el cual esa existencia tiene su sentido y su posibilidad de ser.